

# EL PAPA EN PORTUGAL: TODOS LOS DOCUMENTOS.

## BENEDICTO XVI: “MI VISITA, BAJO EL SIGNO DE LA ESPERANZA”

### Discurso del Papa al llegar al aeropuerto de Portela

*LISBOA, martes 11 de mayo de 2010 ([ZENIT.org](http://ZENIT.org)).- Ofrecemos a continuación el discurso que el Papa Benedicto XVI pronunció hoy, a su llegada al aeropuerto internacional de Portela (Lisboa) desde Roma, en presencia del Presidente de la República de Portugal, Aníbal Cavaco Silva, del Patriarca de Lisboa, el cardenal José da Cruz Policarpo, y otras autoridades civiles y eclesiales.*

Señor Presidente de la República, Ilustres Autoridades de la Nación, Venerables Hermanos en el Episcopado señoras y señores.

Sólo ahora me ha sido posible acoger las amables invitaciones del Señor Presidente y de mis Hermanos Obispos para visitar esta amada y antigua Nación, que en este año celebra un siglo de la proclamación de la República. Al tocar su suelo por primera vez desde que la Divina Providencia me llamó a la Sede de Pedro, siento gran honor y gratitud por la presencia deferente y hospitalaria de todos vosotros. Le doy las gracias, Señor Presidente, por sus cordiales expresiones de bienvenida, interpretando los sentimientos y las esperanzas del buen pueblo portugués. A todos, independientemente de su fe y religión, va mi saludo amistoso, en particular a cuantos no han podido venir a mi encuentro. Vengo como peregrino de la Virgen de Fátima, investido de lo Alto en la misión de confirmar a mis hermanos que avanzan en su peregrinación hacia el Cielo.

Desde los albores de su propia nacionalidad, el pueblo portugués se ha dirigido al Sucesor de Pedro para ver reconocida su propia existencia como Nación; posteriormente, un Predecesor mío honraría a Portugal, en la persona de su Rey, con el título de “fidelísimo” (cfr Pío II, Bula *Dum tuam*, 25 de enero de 1460), por los altos y prolongados servicios prestados a la causa del Evangelio. Respecto al acontecimiento sucedido ya hace 93 años, es decir, que el Cielo se abriese precisamente sobre Portugal – como una ventana de esperanza que Dios abre cuando el hombre Le cierra la puerta – para recomponer, en el seno de la familia humana, los vínculos de la solidaridad fraterna que se apoyan sobre el reconocimiento recíproco del mismo y único Padre, se trata de un designio amoroso de Dios; no depende del

Papa, ni de cualquier otra autoridad eclesial: "No fue la Iglesia quien impuso Fátima – diría el cardenal Manuel Cerejeira, de venerada memoria –, sino que fue Fátima la que se impuso a la Iglesia".

La Virgen María vino del Cielo para recordarnos verdades del Evangelio que constituyen para la humanidad, fría de amor y sin esperanza en la salvación, fuente de esperanza. Ciertamente, esta esperanza tiene como primera y radical dimensión no la relación horizontal, sino la vertical y trascendente. La relación con Dios es constitutiva del ser humano: éste ha sido creado y ordenado hacia Dios, busca la verdad en su propia estructura cognoscitiva, tiende hacia el bien en su esfera volitiva, y es atraído por la belleza en la dimensión estética. La conciencia es cristiana en la medida en que se abre a la plenitud de la vida y de la sabiduría, que tenemos en Jesucristo. La visita, que ahora comienzo bajo el signo de la esperanza, quiere ser una propuesta de sabiduría y de misión.

De una visión sabia sobre la vida y sobre el mundo deriva el justo ordenamiento de la sociedad. Puesta en la historia, la Iglesia está abierta a colaborar con quien no margina ni reduce al ámbito privado la consideración esencial del sentido humano de la vida. No se trata de un enfrentamiento ético entre un sistema laico y un sistema religioso, sino más bien de una cuestión de sentido a la que se confía la propia libertad. Lo que distingue es el valor atribuido a la problemática del sentido y a su implicación en la vida pública. El giro republicano, que se produjo hace cien años en Portugal, abrió, en la distinción entre Iglesia y Estado, un nuevo espacio de libertad para la Iglesia, al que los dos concordatos de 1940 y de 2004 habrían dado forma, en ámbitos culturales y perspectivas eclesiales demasiado marcadas por rápidos cambios. Los sufrimientos causados por las transformaciones han sido en general afrontados con coraje. Vivir en la pluralidad de sistemas de valores y de cuadros éticos requiere un viaje al centro del propio yo y al núcleo del cristianismo para reforzar la calidad del testimonio hasta la santidad, encontrar caminos de misión hasta la radicalidad del martirio.

Queridísimos hermanos y amigos portugueses, os doy una vez más las gracias por la cordial bienvenida. Que Dios bendiga a quienes se encuentran aquí y a todos los habitantes de esta noble y querida Nación, que confió a la Virgen de Fátima, imagen sublime del amor de Dios que abraza a todos como hijos.

## **BENEDICTO XVI: CRISTIANOS, QUE LA SAL NO SE VUELVA SOSA**

**Homilía en la Misa celebrada en Terreiro do Paço**

LISBOA, martes 11 de mayo de 2010 ([ZENIT.org](http://ZENIT.org)).- Ofrecemos a continuación la homilía pronunciada hoy por el Papa Benedicto XVI, en la Misa celebrada hoy en la explanada del Terreiro do Paço de Lisboa.

Queridísimos hermanos y hermanas, jóvenes amigos.

"Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes [...] enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28,19-20). Estas palabras de Cristo resucitado se revisten de particular significado en esta ciudad de Lisboa, de donde partieron en gran número generaciones y generaciones de cristianos –obispos, sacerdotes, consagrados y laicos, hombres y mujeres, jóvenes y no tan jóvenes–, obedeciendo a la llamada del Señor y armados simplemente con esta certeza que Él les dejó: "Yo estoy con vosotros todos los días". Glorioso es el lugar que Portugal se ha ganado en medio de las naciones por el servicio ofrecido a la difusión de la fe: en las cinco partes del mundo hay Iglesias locales que han tenido su origen en la acción misionera portuguesa.

En el pasado, vuestra partida en búsqueda de otros pueblos no impidió ni destruyó los vínculos con lo que erais y creíais, al contrario, con sabiduría cristiana, conseguisteis trasplantar experiencias y particularidades, abriéndoos a la contribución de los demás para ser vosotros mismos, en una aparente debilidad que es fuerza. Hoy, participando en la edificación de la Comunidad Europea, lleváis la contribución de vuestra identidad cultural y religiosa. De hecho Jesucristo, así como se unió a los discípulos en el camino de Emaús, así camina también hoy con nosotros según su promesa: "yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". Aunque diversa de la de los Apóstoles, también nosotros tenemos una experiencia personal y verdadera del Señor resucitado. La distancia de los siglos es superada, y el Resucitado se ofrece vivo y operante, a través nuestro, en el hoy de la Iglesia y del mundo. Esta es nuestra gran alegría. En la corriente viva de la Tradición eclesial, Cristo no se encuentra a dos mil años de distancia, sino que está realmente presente entre nosotros y nos da la Verdad, nos da la luz que nos hace vivir y encontrar el camino hacia el futuro.

Presente en su Palabra, en la asamblea del pueblo de Dios con sus Pastores y, de forma eminente, en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, Jesús está aquí con nosotros. Saludo al señor cardenal patriarca de Lisboa, a quien agradezco las afectuosas palabras que me ha dirigido, al principio de la celebración, en nombre de su comunidad que me acoge y a la que yo abrazo en sus casi dos millones de hijos e

hijas; a todos vosotros aquí presentes – amados Hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridísimas mujeres y hombres consagrados y fieles laicos comprometidos, queridas familias y jóvenes, bautizados y catecúmenos – dirijo mi saludo fraterno y amigo, que extendiendo a cuantos se encuentran unidos a nosotros a través de la radio y de la televisión. Agradezco sentidamente al Señor Presidente de la República por su presencia y a las demás Autoridades, en particular al Alcalde de Lisboa, que ha tenido la cortesía de entregarme las llaves de la ciudad.

Lisboa amiga, puerto y refugio de tantas esperanzas que te eran confiadas por quienes partían, y que deseaban quienes te visitaban, me gustaría hoy servirme de estas llaves que me has entregado para que tu puedas fundar tus esperanzas humanas en la Esperanza divina. En la lectura apenas proclamada, tomada de la Primera Carta de San Pedro, hemos escuchado: “He aquí que coloco en Sión una piedra angular, elegida, preciosa y el que crea en ella no será confundido”. Y el Apóstol explica: Acercaos al Señor, “piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios” (1 Pe 2,6.4). Hermanos y hermanas, quien cree en Jesús no quedará confundido: es Palabra de Dios, que no se engaña ni puede engañarnos. Palabra confirmada por “una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas”, los cuales fueron contemplados por el autor del Apocalipsis “vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos” (Ap 7,9). En esta muchedumbre innumerable no están solo los santos Verísimo, Máxima y Julia, martirizados aquí en la persecución de Diocleciano, o san Vicente, diácono y mártir, patrón principal del Patriarcado; san Antonio y san Juan de Brito, que partieron de aquí para sembrar la buena semilla de Dios en otras tierras y pueblos, o san Nuño de Santa María, a quien hace poco más de un año inscribí en el libro de los Santos. Sino que está formada por los “siervos de nuestro Dios” de todo tiempo y lugar, sobre cuya frente ha sido trazado el signo de la cruz con “el sello del Dios vivo” (Ap 7,2): el Espíritu Santo. Se trata del rito inicial realizado sobre cada uno de nosotros en el sacramento del Bautismo, por medio del cual la Iglesia da a luz a los “santos”.

Sabemos que no le faltan hijos poco dóciles e incluso rebeldes, pero es en los Santos donde la Iglesia reconoce sus propios rasgos característicos y, precisamente en ellos, saborea su alegría más profunda. Les une a todos la voluntad de encarnar el Evangelio en su propia existencia, bajo el empuje del eterno animador del Pueblo de Dios que es el Espíritu Santo. Fijando la mirada en sus propios santos, esta Iglesia local ha concluido justamente que hoy la prioridad pastoral es hacer de cada hombre y cada mujer cristianos una presencia radiante de la perspectiva evangélica en medio del mundo, en la familia, en la cultura, en la economía, en la política. A menudo nos

preocupamos afanosamente por las consecuencias sociales, culturales y políticas de la fe, dando por descontado que esta fe exista, lo que por desgracia es cada vez menos realista. Se ha puesto una confianza excesiva en las estructuras y en los programas eclesiales, en la distribución de poderes y funciones; pero ¿qué sucederá si la sal si vuelve sosa?

Para que esto no suceda, es necesario anunciar de nuevo con vigor y alegría el acontecimiento de la muerte y resurrección de Cristo, corazón del cristianismo, fundamento y apoyo de nuestra fe, palanca poderosa de nuestras certezas, viento impetuoso que barre todo miedo e indecisión, toda duda y cálculo humano. La resurrección de Cristo nos asegura que ningún poder adverso podrá nunca destruir a la Iglesia. Por tanto nuestra fe tiene fundamento, pero es necesario que esta fe se convierta en vida en cada uno de nosotros. Hay por tanto un vasto esfuerzo capilar que llevar a cabo para que cada cristiano se transforme en un testigo en grado de dar cuentas a todos y siempre de la esperanza que le anima (cfr *1Pe 3,15*): sólo Cristo puede satisfacer plenamente los profundos anhelos de todo corazón humano y dar respuestas a sus interrogantes más inquietantes sobre el sufrimiento, la injusticia y el mal, sobre la muerte y la vida del Más Allá.

Queridísimos hermanos y jóvenes amigos, Cristo está siempre con nosotros y camina siempre con su Iglesia, la acompaña y la custodia, como Él nos dijo: "yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (*Mt 28,20*). ¡No dudéis nunca de su presencia! Buscad siempre al Señor Jesús, creed en la amistad con él, recibidlo en la comunión. Aprended a escuchar su palabra y también a reconocerlo en los pobres. Vivid vuestra existencia con alegría y entusiasmo, seguros de su presencia y de su amistad gratuita, generosa, fiel hasta la muerte de cruz. Dad testimonio a todos de la alegría por esta presencia suya fuerte y suave, comenzando por vuestros coetáneos. Decidles que es hermoso ser amigo de Jesús y que vale la pena seguirlo. Con vuestro entusiasmo mostrad que, entre las muchas formas de vivir que el mundo hoy parece ofrecernos - aparentemente todas al mismo nivel -, la única en la que se encuentra el verdadero sentido de la vida y por tanto la alegría verdadera y duradera es siguiendo a Jesús.

Buscad cada día la protección de María, Madre del Señor y espejo de toda santidad. Ella, la Toda Santa, os ayudará a ser fieles discípulos de su Hijo Jesucristo.

**MENSAJE DEL PAPA: "CRISTO EXTIENDE LOS BRAZOS A TODO PORTUGAL"**

## **Quincuagésimo aniversario de la fundación del Santuario de Almada**

LISBOA, martes 11 de mayo de 2010 ([ZENIT.org](http://ZENIT.org)).- Publicamos el mensaje que pronunció Benedicto XVI al final de la misa que celebró en el atardecer de este martes en Lisboa, con motivo del quincuagésimo aniversario de la fundación del Santuario de Cristo Rey de Almada, una imponente estatua de Jesucristo con los brazos abiertos, situada en Almada, pero que se puede ver desde cualquier punto de la capital (<http://www.cristorei.pt>).

Queridos hermanos y hermanas:

En estos momentos dirijo la mirada a la otra orilla del Tajo, donde se encuentra el monumento a Cristo Rey, casi en la clausura de las celebraciones de su quincuagésimo aniversario. Ante la imposibilidad de visitar el santuario, como quería monseñor Gilberto, obispo de Setúbal, quisiera presentar aquí a las nuevas generaciones los ejemplos de esperanza en Dios y la lealtad al voto que se le hizo, y que los obispos y los fieles de entonces nos han dejado esculpidos en el monumento, como signo de amor y reconocimiento por preservar la paz en Portugal. Desde allí, la imagen de Cristo extiende los brazos a todo Portugal, como si quisiera recordarle la Cruz en la que Jesús ha alcanzado la paz del universo y se ha manifestado como Rey y siervo, porque es el verdadero Salvador de la humanidad.

Que, como santuario, sea cada vez más un lugar donde todos los creyentes verifiquen si los criterios del Reino de Cristo han sido impresos en su vida de consagración bautismal, para promover la edificación del amor, la justicia y la paz, interviniendo en la sociedad en favor de los pobres y oprimidos, para centrar la espiritualidad de las comunidades cristianas en Cristo, Señor y juez de la historia.

Imploro abundantes bendiciones del cielo, sembradoras de esperanza y de paz duradera en los corazones, las familias y la sociedad, sobre todos los que trabajan y sirven en el Santuario de Cristo Rey, sobre sus peregrinos y todos los diocesanos Setúbal.

## **SALUDO DEL PAPA A LOS JÓVENES REUNIDOS ANTE LA NUNCIATURA DE LISBOA**

LISBOA, martes 11 de mayo de 2010 ([ZENIT.org](http://ZENIT.org)).- Ofrecemos a continuación el saludo que Benedicto XVI dirigió hoy martes por la noche a los jóvenes de varias parroquias y pertenecientes a diversos movimientos eclesiales, que se reunieron ante

la Nunciatura Apostólica de Lisboa para cantar en honor del Papa y recibir su bendición.

\* \* \* \* \*

Queridos amigos,

He apreciado la viva y numerosa participación de los jóvenes en la Eucaristía de esta tarde en el *Terreiro do Paço*, dando prueba de su fe y de su voluntad de construir el futuro sobre el Evangelio de Jesucristo. Gracias por el alegre testimonio que ofrecéis a Cristo, el eternamente joven, y por la solicitud manifestada a su pobre Vicario en la tierra con este encuentro nocturno. Habéis venido a desearme buenas noches, y os lo agradezco de corazón; pero ahora debéis dejarme ir a dormir, si no la noche no sería buena, y nos espera el día de mañana.

Siento una gran alegría al poderme unir a la multitud de los peregrinos de Fátima con ocasión del décimo aniversario de la Beatificación de Francisco y de Jacinta. Éstos, con ayuda de la Virgen, aprendieron a ver la luz de Dios en lo íntimo de sus corazones y a adorarla en su vida. ¡Que la Virgen María os obtenga la misma gracia y os proteja! Sigo contando con vosotros y con vuestras oraciones, para que esta Visita a Portugal se llene de frutos. Y ahora con gran afecto os imparto mi Bendición, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

¡Buenas noches! Hasta mañana. ¡Muchas gracias!

**Respuestas del Papa a los periodistas en el vuelo Roma-Lisboa  
Sobre secularización, pecados de la Iglesia y crisis económica**

LISBOA, miércoles 12 de mayo de 2010

**--Padre Federico Lombardi, director de la Oficina de Información de la Santa Sede: Santidad, ¿qué preocupaciones y sentimientos tiene respecto a la situación de la Iglesia en Portugal? ¿Qué se puede decir a Portugal, profundamente católico en el pasado y que ha llevado la fe por el mundo, pero hoy en vías de profunda secularización, tanto en la vida cotidiana como en el ámbito jurídico y cultural? ¿Cómo anunciar la fe en un contexto indiferente y hostil a la Iglesia?**

--Benedicto XVI: Ante todo, buenos días a todos y esperemos un buen viaje, no obstante la famosa nube bajo la cual estamos. Por lo que se refiere a Portugal, tengo sólo sentimientos de

alegría, de gratitud, por todo lo que ha hecho y hace este país en el mundo y en la historia, y por la honda humanidad de este pueblo, que he podido conocer en una visita y con tantos amigos portugueses. Diría que es verdad, muy cierto, que Portugal ha sido una gran fuerza de la fe católica; ha llevado esta fe, a todas las partes del mundo; una fe valiente, inteligente y creativa. Ha sabido crear mucha cultura, como vemos en Brasil y en Portugal mismo, así como en la presencia del espíritu portugués en África o en Asia. Por otro lado, la presencia del secularismo no es algo totalmente nuevo. La dialéctica entre secularismo y fe tiene una larga historia en Portugal. Ya en el s. XVIII hay una fuerte presencia de la Ilustración; baste pensar en el nombre Pombal. Así, pues, vemos que Portugal ha siempre vivido en estos siglos en la dialéctica que, naturalmente, ahora se ha radicalizado y se manifiesta con todos los signos del espíritu europeo de hoy. Y eso me parece un desafío, y también una gran posibilidad. En estos siglos de dialéctica entre Ilustración, secularismo y fe, nunca han faltado quienes han querido tender puentes y crear un diálogo, aunque, lamentablemente, la tendencia dominante ha sido la de la contraposición y la exclusión uno del otro. Hoy vemos que precisamente esta dialéctica es una *chance*, que hemos de encontrar una síntesis y un diálogo profundo y de vanguardia. En la situación multicultural en la que todos estamos, se ve que una cultura europea que fuera únicamente racionalista no tendría la dimensión religiosa trascendente, no estaría en condiciones de entablar un diálogo con las grandes culturas de la humanidad, que tienen todas ellas esta dimensión religiosa trascendente, que es una dimensión del ser humano. Por tanto, pensar que hay sólo una razón pura, antihistórica, sólo existente en sí misma, y que ésta sería «la» razón, es un error; descubrimos cada vez más que toca sólo una parte del hombre, expresa una cierta situación histórica, pero no es la razón en cuanto tal. La razón, como tal, está abierta a la trascendencia y sólo en el encuentro entre la realidad trascendente, la fe y la razón, el hombre se encuentra a sí mismo. Por tanto, pienso que precisamente el cometido y la misión de Europa en esta situación es encontrar este diálogo, integrar la fe y la racionalidad moderna en una única visión antropológica, que completa el ser humano y que hace así también comunicables las culturas humanas. Por eso, diría que la presencia del secularismo es algo normal, pero la separación, la contraposición entre secularismo y cultura de la fe es anómala y debe ser superada. El gran reto de este momento es que ambos se encuentren y, de este modo, encuentren su propia identidad. Como he dicho, ésta es una misión de Europa y una necesidad humana de esta historia nuestra.

**--Padre Lombardi: Gracias, Santidad, sigamos entonces con el tema de Europa. La crisis económica se ha agravado recientemente en Europa y afecta particularmente también a**

**Portugal. Algunos líderes europeos piensan que el futuro de la Unión Europea está en peligro. ¿Qué lección se puede aprender de esta crisis, también en el plano ético y moral? ¿Cuáles son las claves para consolidar la unidad y la cooperación de los países europeos en el futuro?**

--Benedicto XVI: Diría que precisamente esta crisis económica, con su componente moral, que nadie puede dejar de ver, es un caso de aplicación, de concretización de lo que he dicho antes, es decir, que dos corrientes culturales separadas deben encontrarse; de otro modo no encontramos el camino hacia el futuro. Vemos también aquí un falso dualismo, esto es, un positivismo económico que piensa poderse realizar sin la componente ética, un mercado que sería regulado solamente por sí mismo, por las meras fuerzas económicas, por la racionalidad positivista y pragmatista de la economía; la ética sería otra cosa, extraña a esto. En realidad, ahora vemos que un puro pragmatismo económico, que prescinde de la realidad del hombre -que es un ser ético- no concluye positivamente, sino que crea problemas insolubles. Por eso, ahora es el momento de ver cómo la ética no es algo externo, sino interno a la racionalidad y al pragmatismo económico. Por otro lado, hemos de confesar también que la fe católica, cristiana, era con frecuencia demasiado individualista, dejaba las cosas concretas, económicas, al mundo, y pensaba sólo en la salvación individual, en los actos religiosos, sin ver que éstos implican una responsabilidad global, una responsabilidad respecto al mundo. Por tanto, también aquí hemos de entablar un diálogo concreto. En mi encíclica *Caritas in veritate*  [<http://www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/encyclicals/documents/hf\\_ben-xvi\\_enc\\_20090629\\_caritas-in-veritate\\_sp.html>](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20090629_caritas-in-veritate_sp.html) -y toda la tradición de la Doctrina social de la Iglesia va en este sentido- he tratado de ampliar el aspecto ético y de la fe más allá del individuo, a la responsabilidad respecto al mundo, a una racionalidad «performada» de la ética. Por otra parte, lo que ha sucedido en el mercado en estos últimos dos o tres años ha mostrado que la dimensión ética es interna y debe entrar dentro de la actividad económica, porque el hombre es uno y se trata del hombre, de una antropología sana, que implica todo, y sólo así se resuelve el problema, sólo así Europa desarrolla y cumple su misión.

--Padre Lombardi:Gracias. Hablemos ahora de Fátima, donde tendrá lugar un poco el culmen también espiritual de este viaje. Santidad, ¿qué significado tienen para nosotros las apariciones de Fátima? Cuando usted presentó el  [texto del tercer secreto de Fátima <http://www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/cfaith/documents/rc\\_con\\_cfaith\\_doc\\_20000626\\_message-fatima\\_sp.html>](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_20000626_message-fatima_sp.html) en la Sala de Prensa Vaticana, en junio de 2000, estábamos

**varios de nosotros y otros colegas de entonces, y se le preguntó si el mensaje podía extenderse, más allá del atentado a Juan Pablo II, también al sufrimiento de los Papas. Según usted, ¿es posible encuadrar igualmente en aquella visión el sufrimiento de la Iglesia de hoy, por los pecados de abusos sexuales de los menores?**

--Benedicto XVI: Ante todo, quisiera expresar mi alegría de ir a Fátima, de rezar ante la Virgen de Fátima, que para nosotros es un signo de la presencia de la fe, que precisamente de los pequeños nace una nueva fuerza de la fe, que no se reduce a los pequeños, sino que tiene un mensaje para todo el mundo y toca la historia precisamente en su presente e ilumina esta historia.

En 2000, en la presentación

[http://www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/cfaith/documents/rc\\_con\\_cfaith\\_doc\\_2000\\_06\\_26\\_message-fatima\\_sp.html](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_2000_06_26_message-fatima_sp.html) , dije que una aparición, es decir, un impulso sobrenatural, que no

proviene solamente de la imaginación de la persona, sino en realidad de la Virgen María, de lo sobrenatural, que un impulso de este tipo entra en un sujeto y se expresa en las posibilidades del sujeto. El sujeto está determinado por sus condiciones históricas, personales, temperamentales y, por tanto, traduce el gran impulso sobrenatural según sus posibilidades de ver, imaginar, expresar; pero en estas expresiones articuladas por el sujeto se esconde un contenido que va más allá, más profundo, y sólo en el curso de la historia podemos ver toda la hondura, que estaba, por decirlo así, «vestida» en esta visión posible a las personas concretas. De este modo, diría también aquí que, además de la gran visión del sufrimiento del Papa, que podemos referir al Papa Juan Pablo II en primera instancia, se indican realidades del futuro de la Iglesia, que se desarrollan y se muestran paulatinamente. Por eso, es verdad que además del momento indicado en la visión, se habla, se ve la necesidad de una pasión de la Iglesia, que naturalmente se refleja en la persona del Papa, pero el Papa está por la Iglesia y, por tanto, son sufrimientos de la Iglesia los que se anuncian. El Señor nos ha dicho que la Iglesia tendría que sufrir siempre, de diversos modos, hasta el fin del mundo. Lo importante es que el mensaje, la respuesta de Fátima, no tiene que ver sustancialmente con devociones particulares, sino con la respuesta fundamental, es decir, la conversión permanente, la penitencia, la oración, y las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. De este modo, vemos aquí la respuesta verdadera y fundamental que la Iglesia debe dar, que nosotros, cada persona, debemos dar en esta situación. La novedad que podemos descubrir hoy en este mensaje reside en el hecho de que los ataques al Papa y a la Iglesia no sólo vienen de fuera, sino que los sufrimientos de la Iglesia proceden precisamente de dentro de la Iglesia, del pecado que hay en la Iglesia. También esto se ha sabido siempre, pero hoy lo vemos de modo

realmente tremendo: que la mayor persecución de la Iglesia no procede de los enemigos externos, sino que nace del pecado en la Iglesia y que la Iglesia, por tanto, tiene una profunda necesidad de volver a aprender la penitencia, de aceptar la purificación, de aprender, de una parte, el perdón, pero también la necesidad de la justicia. El perdón no sustituye la justicia. En una palabra, debemos volver a aprender estas cosas esenciales: la conversión, la oración, la penitencia y las virtudes teologales. De este modo, respondemos, somos realistas al esperar que el mal ataca siempre, ataca desde el interior y el exterior, pero también que las fuerzas del bien están presentes y que, al final, el Señor es más fuerte que el mal, y la Virgen para nosotros es la garantía visible y materna de la bondad de Dios, que es siempre la última palabra de la historia.

**--Padre Lombardi.- Gracias, Santidad, por la claridad, por la profundidad de sus respuestas y por esta palabra final de esperanza que nos ha ofrecido. Le deseamos sinceramente que este viaje tan intenso se desarrolle serenamente y que pueda llevarlo a cabo con toda la alegría y profundidad espiritual que el encuentro con el misterio de Fátima nos inspira. Buen viaje a usted, e intentaremos hacer bien nuestro servicio y difundir objetivamente lo que usted haga.**

#### **ACTO DE CONSAGRACIÓN DE LOS SACERDOTES AL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA**

**“Que torne la calma después de la tempestad” FÁTIMA, miércoles 12 de mayo de 2010**

Oración que elevó Benedicto XVI en la Iglesia de la Santísima Trinidad de Fátima, en la tarde de este miércoles, en el acto de consagración de los sacerdotes al Corazón Inmaculado de María al final de las vísperas con sacerdotes, religiosas, religiosos, seminaristas y diáconos.

Madre Inmaculada,  
en este lugar de gracia,  
convocados por el amor de tu Hijo Jesús,  
Sumo y Eterno Sacerdote, nosotros,  
hijos en el Hijo y sacerdotes suyos,  
nos consagramos a tu Corazón materno,  
para cumplir fielmente la voluntad del Padre.  
Somos conscientes de que, sin Jesús,  
no podemos hacer nada (Cf. *Juan* 15,5)

y de que, sólo por Él, con Él y en Él,  
seremos instrumentos de salvación para el mundo.

Esposa del Espíritu Santo,  
alcánzanos el don inestimable  
de la transformación en Cristo.

Por la misma potencia del Espíritu que,  
extendiendo su sombra sobre ti,  
te hizo Madre del Salvador,  
ayúdanos para que Cristo, tu Hijo,  
nazca también en nosotros.

Y, de este modo, la Iglesia pueda  
ser renovada por santos sacerdotes,  
Transfigurados por la gracia de Aquel  
que hace nuevas todas las cosas.

Madre de Misericordia,  
ha sido tu Hijo Jesús quien nos ha llamado  
a ser como Él:  
Luz del mundo y sal de la tierra (Cf. *Mateo* 5,13-14).

Ayúdanos,  
a no desmerecer en esta vocación sublime,  
a no ceder a nuestros egoísmos,  
ni a las lisonjas del mundo,  
ni a las tentaciones del Maligno.

Presérvanos con tu pureza,  
custódianos con tu humildad  
y rodéanos con tu amor maternal,  
que se refleja en tantas almas  
consagradas a ti  
y que son para nosotros  
auténticas madres espirituales.

Madre de la Iglesia,  
nosotros, sacerdotes,  
queremos ser pastores

que no se apacientan a sí mismos,  
sino que se entregan a Dios por los hermanos,  
encontrando la felicidad en esto.  
Queremos cada día repetir humildemente  
no sólo de palabra sino con la vida, nuestro "aquí estoy".  
Guiados por ti,  
queremos ser apóstoles  
de la Divina Misericordia,  
llenos de gozo por poder celebrar diariamente  
el Santo Sacrificio del Altar  
y ofrecer a todos los que nos lo pidan  
el sacramento de la Reconciliación.  
Abogada y Mediadora de la gracia,  
tú que estas unida  
a la única mediación universal de Cristo,  
pide a Dios, para nosotros,  
un corazón completamente renovado,  
que ame a Dios con todas sus fuerzas y sirva a la humanidad como tú lo hiciste.  
Repite al Señor  
esa eficaz palabra tuya: "no les queda vino" (*Juan 2,3*),  
para que el Padre y el Hijo derramen sobre nosotros,  
como una nueva efusión,  
el Espíritu Santo.  
Lleno de admiración y de gratitud  
por tu presencia continua entre nosotros,  
en nombre de todos los sacerdotes  
también yo quiero exclamar:  
"¿quién soy yo para que me visite  
la Madre de mi Señor? (*Lucas 1,43*)  
Madre nuestra desde siempre,  
no te canses de "visitarnos",  
consolarnos, sostenernos.  
Ven en nuestra ayuda 888y líbranos de todos los peligros

que nos acechan.

Con este acto de ofrecimiento y consagración,  
queremos acogerte de un modo

más profundo y radical,

Para siempre y totalmente,

en nuestra existencia humana y sacerdotal.

Que tu presencia haga reverdecer el desierto

de nuestras soledades y brillar el sol

en nuestras tinieblas,

haga que torne la calma después de la tempestad,

para que todo hombre vea la salvación del Señor,

que tiene el nombre y el rostro de Jesús, reflejado en nuestros corazones,

unidos para siempre al tuyo.

Así sea.

## **EL PAPA A LOS SACERDOTES, RELIGIOSOS, RELIGIOSAS, SEMINARISTAS Y DIÁCONOS**

**“Libres para llevar a la sociedad moderna a Jesús”**. FÁTIMA, miércoles 12 de mayo de 2010

Homilía que pronunció Benedicto XVI al presidir las vísperas con sacerdotes, religiosas, religiosos, seminaristas y diáconos en la iglesia de la Santísima Trinidad en Fátima. En el encuentro, dedicado al clero en el Año Sacerdotal, participaron también agentes pastorales y representantes de movimientos eclesiales.

*Queridos hermanos y hermanas:*

"Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer [...] para que recibiéramos la filiación adoptiva" (*Gálatas 4, 4.5*). La plenitud de los tiempos llegó, cuando el Eterno irrumpió en el tiempo: por obra y gracia del Espíritu Santo, el Hijo del Altísimo fue concebido y se hizo hombre en el seno de una mujer: la Virgen Madre, modelo excelso de la Iglesia creyente. Ella no deja de engendrar nuevos hijos en el Hijo, que el Padre ha querido como primogénito de muchos hermanos. Cada uno de nosotros está llamado a ser, con María y como María, un signo humilde y sencillo de la Iglesia que continuamente se ofrece como esposa en las manos de su Señor.

A todos vosotros, que habéis entregado vuestras vidas a Cristo, deseo expresaros esta tarde

el aprecio y el reconocimiento de la Iglesia. Gracias por vuestro testimonio a menudo silencioso y para nada fácil; gracias por vuestra fidelidad al Evangelio y a la Iglesia. En Jesús presente en la Eucaristía, abrazo a mis hermanos en el sacerdocio y el diaconado, a las consagradas y consagrados, a los seminaristas y a los miembros de los movimientos y de las nuevas comunidades eclesiales aquí presentes. Que el Señor recompense, como sólo Él sabe y puede hacerlo, a todos los que han hecho posible que nos encontremos aquí ante Jesús Eucaristía, en particular a la Comisión Episcopal para las Vocaciones y los Ministerios, con su presidente, monseñor Antonio Santos, al que agradezco sus palabras llenas de afecto colegial y fraterno pronunciadas al inicio de estas vísperas. En este "cenáculo" de fe que es Fátima, la Virgen Madre nos indica el camino para nuestra oblación pura y santa en las manos del Padre.

Permitidme que os abra mi corazón para deciros que la principal preocupación de cada cristiano, especialmente de la persona consagrada y del ministro del altar, debe ser la fidelidad, la lealtad a la propia vocación, como discípulo que quiere seguir al Señor. La fidelidad a lo largo del tiempo es el nombre del amor; de un amor coherente, verdadero y profundo a Cristo Sacerdote. "Si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial" (Juan Pablo II, [\*Novo millennio ineunte\*](#), 31). Que, en este Año Sacerdotal que se acerca ya a su fin, desciendan sobre todos vosotros abundantes gracias para que viváis el gozo de la consagración y testimoniéis la fidelidad sacerdotal fundada en la fidelidad de Cristo. Esto supone evidentemente una auténtica intimidad con Cristo en la oración, ya que la experiencia fuerte e intensa del amor del Señor llevará a los sacerdotes y a los consagrados a corresponder de un modo exclusivo y esponsal a su amor.

Esta vida de especial consagración nació como memoria evangélica para el pueblo de Dios, memoria que manifiesta, certifica y anuncia a toda la Iglesia la radicalidad evangélica y la venida del Reino. Por lo tanto, queridos consagrados y consagradas, con vuestra entrega a la oración, a la ascesis, al progreso en la vida espiritual, a la acción apostólica y a la misión, tended a la Jerusalén celeste, anticipad la Iglesia escatológica, firme en la posesión y en la contemplación amorosa del Dios Amor. Este testimonio es muy necesario en el momento presente. Muchos de nuestros hermanos viven como si no existiese el más allá, sin preocuparse de la propia salvación eterna. Todos los hombres están llamados a conocer y a amar a Dios, y la Iglesia tiene como misión ayudarles en esta vocación. Sabemos bien que Dios es el dueño de sus dones, y que la conversión de los hombres es una gracia. Pero nosotros somos responsables del anuncio de la fe, en su integridad y con sus exigencias. Queridos amigos, imitemos al cura de Ars que rezaba así al

buen Dios: "Concédeme la conversión de mi parroquia, y yo acepto sufrir todo lo que Tú quieras durante el resto de mi vida". Él hizo todo lo posible por sacar a las personas de la tibieza y conducir las al amor.

Hay una solidaridad profunda entre todos los miembros del Cuerpo de Cristo: no es posible amarlo sin amar a sus hermanos. Juan María Vianney quiso ser sacerdote precisamente para su salvación: "Ganar la almas para el buen Dios", declaraba al anunciar su vocación con 18 años de edad, así como Pablo decía: "Ganar a todos los que pueda" (*1 Corintios 9,19*). El vicario general le había dicho: "No hay mucho amor de Dios en la parroquia, usted lo pondrá". Y, en su pasión sacerdotal, el santo párroco era misericordioso como Jesús en el encuentro con cada pecador. Prefería insistir en el aspecto atrayente de la virtud, en la misericordia de Dios, en cuya presencia nuestros pecados son "granos de arena". Presentaba la ternura de Dios ofendida. Temía que los sacerdotes se volvieran "insensibles" y se acostumbraran a la indiferencia de sus fieles: "Ay del Pastor --advertía-- que permanece en silencio viendo cómo se ofende a Dios y las almas se pierden".

Amados hermanos sacerdotes, en este lugar que María ha hecho tan especial, teniendo ante nuestros ojos su vocación de fiel discípula de su Hijo Jesús, desde su concepción hasta la Cruz y después en el camino de la Iglesia naciente, considerad la extraordinaria gracia de vuestro sacerdocio. La fidelidad a la propia vocación exige valentía y confianza, pero el Señor también quiere que sepáis unir vuestras fuerzas; sed solícitos unos con otros, apoyándoos fraternalmente. Los momentos de oración y estudio en común, compartir las exigencias de la vida y del trabajo sacerdotal, son una parte necesaria de vuestra existencia. Cuánto bien os hace esa acogida mutua en vuestras casas, con la paz de Cristo en vuestros corazones. Qué importante es que os ayudéis mutuamente con la oración, con consejos útiles y con el discernimiento. Prestad una atención particular a las situaciones que debilitan de alguna manera los ideales sacerdotales o la entrega a actividades que no concuerdan del todo con lo que es propio de un ministro de Jesucristo. Por lo tanto, asumid como una necesidad actual, junto al calor de la fraternidad, la actitud firme de un hermano que ayuda a otro hermano a "permanecer en pie".

Aunque el sacerdocio de Cristo es eterno (Cf. *Hebreos 5,6*), la vida de los sacerdotes es limitada. Cristo quiere que otros, a lo largo de los siglos, perpetúen el sacerdocio ministerial instituido por Él. Por lo tanto, mantened en vuestro interior y a vuestro alrededor el anhelo por suscitar entre los fieles --colaborando con la gracia del Espíritu Santo-- nuevas vocaciones sacerdotales. La oración confiada y perseverante, el amor gozoso a la propia vocación y la dedicación a la dirección espiritual os ayudará a discernir el carisma vocacional en aquellos que

Dios llama.

Queridos seminaristas, que ya habéis dado el primer paso hacia el sacerdocio y os estáis preparando en el Seminario Mayor o en las Casas de Formación religiosa, el Papa os anima a ser conscientes de la gran responsabilidad que tendréis que asumir: examinad bien las intenciones y motivaciones; dedicaos con entusiasmo y con espíritu generoso a vuestra formación. La Eucaristía, centro de la vida del cristiano y escuela de humildad y de servicio, debe ser el objeto principal de vuestro amor. La adoración, la piedad y la atención al Santísimo Sacramento, a lo largo de estos años de preparación, harán que un día celebréis el sacrificio del Altar con verdadera y edificante unción.

En este camino de fidelidad, amados sacerdotes y diáconos, consagrados y consagradas, seminaristas y laicos comprometidos, nos guía y acompaña la bienaventurada Virgen María. Con Ella y como Ella somos libres para ser santos; libres para ser pobres, castos y obedientes; libres para todos, porque estamos desprendidos de todo; libres de nosotros mismos para que en cada uno crezca Cristo, verdadero consagrado al Padre y Pastor al cual los sacerdotes, siendo presencia suya, prestan su voz y sus gestos; libres para llevar a la sociedad moderna a Jesús muerto y resucitado, que permanece con nosotros hasta el final de los siglos y se da a todos en la Santísima Eucaristía.

## **ORACIÓN A MARÍA DEL SANTO PADRE EN LA CAPILLA DE LAS APARICIONES DE FÁTIMA**

**Coronada con la bala que hirió a Juan Pablo II. FÁTIMA, miércoles 12 de mayo de 2010**

Oración que pronunció Benedicto XVI al llegar en la tarde de este miércoles a Fátima, durante su visita a la Capilla de las Apariciones del Santuario de Nuestra Señora.

*Santo Padre:*

Señora Nuestra

y Madre de todos los hombres y mujeres,

aquí estoy, como un hijo

que viene a visitar a su Madre

y lo hace en compañía

de una multitud de hermanos y hermanas.

Como sucesor de Pedro,

a quien se le ha confiado la misión

de presidir al servicio

de la caridad en la Iglesia de Cristo  
y de confirmar a todos en la fe  
y en la esperanza,  
quiero presentar a tu  
Corazón inmaculado  
las alegrías y las esperanzas  
además de los problemas y los sufrimientos  
de cada uno de estos hijos e hijas tuyos  
que se encuentran en la Cova de Iría  
o que nos acompañan desde lejos.  
Madre amabilísima,  
tu conoces a cada uno por su nombre,  
con su rostro y su historia,  
y quieres a todos  
con la benevolencia materna  
que brota del corazón mismo de Dios Amor.  
A todos te los confío y consagro.  
María Santísima,  
Madre de Dios y Madre nuestra,

*[Cantores y asamblea: Nosotros de cantamos y aclamamos, María (v.1)]*

*Santo Padre:*

El venerable Papa Juan Pablo II,  
que te visitó tres veces, aquí en Fátima,  
y dio gracias a esa "mano invisible"  
que lo libró de la muerte  
en el atentado del 13 de mayo,  
en la Plaza de San Pedro, hace casi treinta años,  
quiso ofrecer al Santuario de Fátima  
un proyectil que le hirió gravemente  
y fue incrustado en tu corona de *Reina de la Paz*.  
Es de profundo consuelo  
saber que tu estás coronada

no sólo con la plata  
y el oro de nuestras alegrías y esperanzas,  
sino también con el "proyectil"  
de nuestras preocupaciones y sufrimientos.

Agradezco, Madre querida,  
las oraciones y los sacrificios  
que los Pastorcillos  
de Fátima elevaban por el Papa,  
llevados por los sentimientos  
que tú les inspiraste en las apariciones.  
Agradezco también a todos aquellos que,  
cada día,  
rezan por el sucesor de Pedro  
y por sus intenciones  
para que el Papa sea fuerte en la fe,  
audaz en la esperanza y celoso en el amor.

*[Cantores y asamblea: Nosotros de cantamos y aclamamos, María (v.2)]*

*Santo Padre:*

Madre querida por todos nosotros  
entrego aquí en tu Santuario de Fátima,  
la Rosa de Oro  
que he traído de Roma,  
como homenaje de gratitud del Papa  
por las maravillas que el Omnipotente  
ha realizado por tu mediación  
en los corazones de tantos peregrinos que vienen a esta tu casa materna.  
Estoy seguro de que los Pastorcillos de Fátima  
los beatos Francisco y Jacinta  
y la sierva de Dios Lucía de Jesús  
nos acompañan en esta hora de súplica y de júbilo.

**BENEDICTO XVI: "HACED DE VUESTRA VIDA UN LUGAR DE BELLEZA"**

**Discurso a los representantes del mundo de la cultura portugués, miércoles 12 de mayo de 2010**

Discurso pronunciado por el Papa Benedicto XVI esta mañana, en el Centro Cultural Belém de Lisboa, en presencia de representantes de la cultura y el arte de Portugal.

Venerados Hermanos en el Episcopado,

Distinguidas Autoridades,

Ilustres Cultivadores del Pensamiento, de la Ciencia y del Arte,

queridos amigos,

Siento una gran alegría al ver aquí reunido al conjunto multiforme de la cultura portuguesa, a la que tan dignamente representáis: Mujeres y hombres comprometidos en la investigación y la construcción de los distintos saberes. A todos dirijo la expresión de mi más alta amistad y consideración, reconociendo la importancia de lo que hacéis y de lo que sois. El Gobierno, aquí representado en la Señora Ministra de Cultura, a la que dirijo mi deferente y agradecido saludo, piensa, con benemérito apoyo, en las prioridades nacionales del mundo de la cultura. Agradezco a todos aquellos que han hecho posible nuestro encuentro, en particular a la Comisión Episcopal de la Cultura, con su presidente, monseñor Manuel Clemente, a quien estoy agradecido por las expresiones de cordial acogida y la presentación de la realidad polifónica de la cultura portuguesa, aquí representada por algunos de sus mejores protagonistas; de sus sentimientos y de sus esperanzas se ha hecho portavoz el cineasta Manoel de Oliveira, de edad y carrera venerables, al que va mi saludo lleno de admiración y afecto, además de un vivo reconocimiento por las palabras que me ha dirigido, dejando entrever en ellas las ansias y las disposiciones del ánimo portugués en medio de las turbulencias de la sociedad de hoy.

De hecho, hoy la cultura refleja una “tensión”, que a veces toma formas de “conflicto”, entre el presente y la tradición. La dinámica de la sociedad absolutiza el presente, separándolo del patrimonio cultural del pasado y sin la intención de delinear un futuro. Sin embargo, semejante valoración del “presente” como fuente inspiradora del sentido de la vida, tanto individual como social, choca con la fuerte tradición cultural del pueblo portugués, profundamente marcado por el milenar influjo del cristianismo y con un sentido de responsabilidad global; éste se ha afirmado en la aventura de los descubrimientos y en el celo misionero, compartiendo el don de la fe con otros pueblos. El ideal cristiano de la universalidad y de la fraternidad había inspirado esta aventura común, aunque las influencias de la ilustración y del laicismo se habían hecho sentir. Dicha tradición ha dado origen a lo que podemos llamar una “sabiduría”, es decir, un sentido y de

la vida y de la historia del que formaban parte un universo ético y un “ideal” que realizar por parte de Portugal, el cual siempre ha intentado establecer relaciones con el resto del mundo.

La Iglesia aparece como la gran paladina de una sana y alta tradición, cuya rica contribución pone al servicio de la sociedad; esta sigue respetando y apreciando su servicio al bien común, pero se aleja de esta “sabiduría” que forma parte de su patrimonio. Este “conflicto” entre la tradición y el presente se expresa en la crisis de la verdad, pero únicamente ésta puede orientar y trazar el sendero de una existencia lograda, tanto como individuo que como pueblo. De hecho, un pueblo que deja de saber cuál es su propia verdad, acaba perdido en los laberintos del tiempo y de la historia, privado de valores claramente definidos y sin grandes objetivos claramente enunciados. Queridos amigos, hay que hacer todo un esfuerzo de aprendizaje sobre la forma en la que la Iglesia se sitúa en el mundo, ayudando a la sociedad a comprender que el anuncio de la verdad es un servicio que ésta ofrece a la sociedad, abriendo nuevos horizontes de futuro, de grandeza y dignidad. En efecto, la Iglesia tiene “tiene una misión de verdad que cumplir en todo tiempo y circunstancia en favor de una sociedad a medida del hombre, de su dignidad y de su vocación. [...] La fidelidad al hombre exige *la fidelidad a la verdad*, que es la única *garantía de libertad* (cf. *Jn 8,32*) y *de la posibilidad de un desarrollo humano integral*. Por eso la Iglesia la busca, la anuncia incansablemente y la reconoce allí donde se manifieste. Para la Iglesia, esta misión de verdad es irrenunciable” (Enc. *Caritas in veritate*, 9). Para una sociedad formada en su mayoría por católicos y cuya cultura ha sido fuertemente marcada por el cristianismo, se revela dramático el intento de encontrar la verdad fuera de Jesucristo. Para nosotros, cristianos, la Verdad es divina; es el *Logos* eterno, que ha adquirido expresión humana en Jesucristo, el cual ha podido afirmar con objetividad: “Yo soy la verdad” (*Jn 14,6*). La convivencia de la Iglesia, en su firme adhesión al carácter perenne de la verdad, con respeto por las otras “verdades”, o con la verdad de los demás, es un aprendizaje que la propia Iglesia está haciendo. En este respeto dialogante se pueden abrir nuevas puertas a la transmisión de la verdad.

“La Iglesia – escribía el Papa Pablo VI – debe venir al diálogo con el mundo en el que se encuentra viviendo. La Iglesia se hace palabra, la Iglesia se hace mensaje, la Iglesia se hace diálogo” (Enc. *Ecclesiam suam*, 67). De hecho, el diálogo sin ambigüedades y respetuoso de las partes implicadas en él es hoy una prioridad en el mundo, a la que la Iglesia no pretende sustraerse. De ello da testimonio precisamente la presencia de la Santa Sede en diversos organismos internacionales, como por ejemplo, el Centro Norte-Sur del Consejo de Europa, instituido hace 20 años aquí en Lisboa, que tiene como piedra angular el diálogo intercultural con el objetivo de promover entre Europa, el sur del Mediterráneo y África y de construir una

ciudadanía mundial fundada en los derechos humanos y las responsabilidades de los ciudadanos, independientemente de su origen étnico y su pertenencia política, y respetuosa con las creencias religiosas. Constatada la diversidad cultural, es necesario hacer que las personas no sólo acepten la existencia de la cultura del otro, sino que aspiren también a ser enriquecidos por ella y a ofrecerle todo lo que posee de bien, de verdadero y de bello.

Esta es una hora que requiere lo mejor de nuestras fuerzas, audacia profética, capacidad renovada para “señalar nuevos mundos al mundo”, como diría vuestro poeta nacional (Luis de Camões, *Os Lusíades*, II, 45). Vosotros, agentes de la cultura en cada una de sus formas, creadores de pensamiento y de opinión, “tenéis, gracias a vuestro talento, la posibilidad de hablar al corazón de la humanidad, de tocar la sensibilidad individual y colectiva, de suscitar sueños y esperanzas, de ampliar los horizontes del conocimiento y del compromiso humano. [...] ¡No tengáis miedo de relacionaros con la fuente primera y última de la belleza, de dialogar con los creyentes, con quien, como vosotros, se siente peregrino en el mundo y en la historia hacia la Belleza infinita! (Discurso a los artistas, 21 de noviembre de 2009).

Precisamente con el objetivo de “poner al mundo moderno en contacto con las energías vivificantes y perennes del Evangelio” (Juan XXIII, Const. ap. *Humanae salutis*, 3), se llevó a cabo el Concilio Vaticano II, en la cual la Iglesia, partiendo de una renovada conciencia de la tradición católica, toma en serio y discierne, transfigura y supera las críticas que están a la base de las fuerzas que han caracterizado la modernidad, es decir, la Reforma y la Ilustración. Así la Iglesia por sí misma acogía y recreaba lo mejor de las instancias de la modernidad, por un lado superándolas y, por el otro, evitando sus errores y callejones sin salida. El acontecimiento conciliar puso los presupuestos para una auténtica renovación católica y para una nueva civilización – la “civilización del amor” - como servicio evangélico al hombre y a la sociedad.

Queridos amigos, la Iglesia considera como su misión prioritaria, en la cultura actual, tener despierta la búsqueda de la verdad y, en consecuencia, de Dios; llevar a las personas a mirar más allá de las cosas penúltimas y ponerse en búsqueda de las últimas. Os invito a profundizar en el conocimiento de Dios así como él se reveló en Jesucristo para nuestra plena realización. Haced cosas bellas, pero sobre todo haced que vuestras vidas sean lugares de belleza. Que interceda por vosotros Santa María De Belén, durante siglos venerada por los navegantes del océano y hoy por los navegantes del Bien, de la Verdad y de la Belleza.

**HOMILÍA DEL PAPA EN LA MISA MULTITUDINARIA PRESIDIDA EN**

## **OPORTO**

***Se abren nuevos campos a la misión*** viernes 14 de mayo de 2010

*Homilía que pronunció Benedicto XVI en la misa al aire libre que presidió en la Avenida de los Aliados de Oporto en la mañana de este viernes.*

*Queridos hermanos y hermanas:*

"En el libro de los Salmos está escrito: [...] 'que su cargo lo ocupe otro'. Hace falta, por tanto, que uno se asocie a nosotros como testigo de la resurrección" (*Hechos 1, 20-22*). Así habló Pedro, leyendo e interpretando la palabra de Dios en medio de sus hermanos, reunidos en el Cenáculo después de la Ascensión de Jesús a los cielos. El elegido fue Matías, que había sido testigo de la vida pública de Jesús y de su triunfo sobre la muerte, permaneciendo fiel hasta el final, a pesar del abandono de muchos. La "desproporción" de fuerzas en acción, que hoy nos asusta, impresionaba ya hace dos mil años a los que veían y escuchaban a Jesús. Desde las playas del lago de Galilea hasta las plazas de Jerusalén, Jesús se encontraba prácticamente solo en los momentos decisivos; eso sí, en unión con el Padre, guiado por la fuerza del Espíritu. Y con todo, el mismo amor que un día creó el mundo hizo que surgiese la novedad del Reino como una pequeña semilla que brota en la tierra, como un destello de luz que irrumpe en las tinieblas, como aurora de un día sin ocaso: es Cristo resucitado. Y apareció a sus amigos mostrándoles la necesidad de la cruz para llegar a la resurrección.

Aquel día Pedro buscaba un testigo de todas estas cosas. De los dos que presentaron, y el cielo designó a Matías, y "lo asociaron a los once apóstoles" (*Hechos 1, 26*). Hoy celebramos su gloriosa memoria en esta "Ciudad invicta", que se ha vestido de fiesta para acoger al Sucesor de Pedro. Doy gracias a Dios por haberme traído hasta vosotros, y encontraros en torno al altar. Os saludo cordialmente, hermanos y amigos de la ciudad y diócesis de Oporto, así como a los que habéis venido de la provincia eclesial del norte de Portugal y también de la vecina España, y a cuantos se encuentran en comunión física o espiritual con nuestra asamblea litúrgica. Saludo al obispo de Oporto, monseñor Manuel Clemente, que deseaba con mucha solicitud mi visita, y me ha recibido con gran afecto, haciéndose intérprete de vuestros sentimientos al comienzo de esta Eucaristía. Saludo a sus predecesores y a los demás hermanos en el episcopado, a los sacerdotes, los consagrados y las consagradas, y a los fieles laicos, especialmente a todos aquellos que están comprometidos activamente en la Misión diocesana y, más en concreto, en la preparación de mi visita. Sé que han podido contar con la colaboración efectiva del alcalde de Oporto y de otras autoridades públicas, muchas de las cuales me honran hoy con su presencia; aprovecho este momento para saludarles y asegurarles, a ellos y a cuantos representan y sirven, los mejores éxitos para el bien de todos.

"Hace falta, por tanto, que uno se asocie a nosotros como testigo de la

resurrección de Jesús", decía Pedro. Y su Sucesor actual repite a cada uno de vosotros: Hermanos y hermanas míos, hace falta que os asociéis a mí como testigos de la resurrección de Jesús. En efecto, si vosotros no sois sus testigos en vuestros ambientes, ¿quién lo hará por vosotros? El cristiano es, en la Iglesia y con la Iglesia, un misionero de Cristo enviado al mundo. Ésta es la misión apremiante de toda comunidad eclesial: recibir de Dios a Cristo resucitado y ofrecerlo al mundo, para que todas las situaciones de desfallecimiento y muerte se transformen, por el Espíritu, en ocasiones de crecimiento y vida. Para eso debemos escuchar más atentamente la Palabra de Cristo y saborear asiduamente el Pan de su presencia en las celebraciones eucarísticas. Esto nos convertirá en testigos y, aún más, en portadores de Jesús resucitado en el mundo, haciéndolo presente en los diversos ámbitos de la sociedad y a cuantos viven y trabajan en ellos, difundiendo esa vida "abundante" (cf. *Juan* 10, 10) que ha ganado con su cruz y resurrección y que sacia las más legítimas aspiraciones del corazón humano.

Sin imponer nada, proponiendo siempre, como Pedro nos recomienda en una de sus cartas: "Glorificad en vuestros corazones a Cristo Señor y estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere" (*1 Pedro* 3, 15). Y todos, al final, nos la piden, incluso los que parece que no lo hacen. Por experiencia personal y común, sabemos bien que es a Jesús a quien todos esperan. De hecho, los anhelos más profundos del mundo y las grandes certezas del Evangelio se unen en la inexcusable misión que nos compete, puesto que "sin Dios el hombre no sabe adónde ir ni tampoco logra entender quién es. Ante los grandes problemas del desarrollo de los pueblos, que nos impulsan casi al desasosiego y al abatimiento, viene en nuestro auxilio la palabra de Jesucristo, que nos hace saber: 'Sin mí no podéis hacer nada' (*Jn* 15, 5). Y nos anima: 'Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final del mundo' (*Mateo* 28, 20)" (encíclica [\*Caritas in veritate\*](#), 78).

Aunque esta certeza nos conforte y nos dé paz, no nos exime de salir al encuentro de los demás. Debemos vencer la tentación de limitarnos a lo que ya tenemos, o creemos tener, como propio y seguro: sería una muerte anunciada, por lo que se refiere a la presencia de la Iglesia en el mundo, que por otra parte, no puede dejar de ser misionera por el dinamismo difusivo del Espíritu. Desde sus orígenes, el pueblo cristiano ha percibido claramente la importancia de comunicar la Buena Noticia de Jesús a cuantos todavía no lo conocen. En estos últimos años, ha cambiado el panorama antropológico, cultural, social y religioso de la humanidad; hoy la Iglesia está llamada a afrontar nuevos retos y está preparada para dialogar con culturas y religiones diversas, intentando construir, con todos los hombres de buena voluntad, la convivencia pacífica de los pueblos. El campo de la misión *ad gentes* se presenta hoy notablemente dilatado y no definible solamente en base a consideraciones geográficas; efectivamente, nos esperan no solamente los pueblos no cristianos y las tierras lejanas, sino también los ámbitos socio-culturales y sobre todo los corazones que son los verdaderos destinatarios de la acción misionera del Pueblo de Dios.

Se trata de un mandamiento, cuyo fiel cumplimiento "debe caminar, por moción del Espíritu Santo, por el mismo camino que Cristo siguió, es decir, por el camino de la pobreza, de la obediencia, del servicio, y de la inmolación de sí mismo hasta la muerte, de la que salió victorioso por su resurrección" (decreto *Ad gentes*, 5). Sí, estamos llamados a servir a la humanidad de nuestro tiempo, confiando únicamente en Jesús, dejándonos iluminar por su Palabra: "No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure" (*Juan* 15, 16). ¡Cuánto tiempo perdido, cuánto trabajo postergado, por inadvertencia en este punto! En cuanto al origen y la eficacia de la misión, todo se define a partir de Cristo: la misión la recibimos siempre de Cristo, que nos ha dado a conocer lo que ha oído a su Padre, y el Espíritu Santo nos capacita en la Iglesia para ella. Como la misma Iglesia, que es obra de Cristo y de su Espíritu, se trata de renovar la faz de la tierra partiendo de Dios, siempre y sólo de Dios.

Queridos hermanos y amigos de Oporto, levantad los ojos a aquella que habéis elegido como patrona de la ciudad, la Inmaculada Concepción. El ángel de la anunciación saludó a María como "llena de gracia", significando con esta expresión que su corazón y su vida estaban totalmente abiertos a Dios y, por eso, completamente desbordados por su gracia. Que ella os ayude a hacer de vosotros mismos un "sí" libre y pleno a la gracia de Dios, para que podáis ser renovados y renovar la humanidad a través de la luz y la alegría del Espíritu Santo.

## ***PALABRAS DE DESPEDIDA DEL PAPA DE PORTUGAL***

***En el aeropuerto de Oporto viernes 14 de mayo de 2010***

*Discurso que pronunció Benedicto XVI este viernes al despedirse de Portugal en el aeropuerto internacional de Oporto, al concluir su visita apostólica que había comenzado el 11 de mayo.*

*Señor presidente de la República, ilustrísimas autoridades, queridos hermanos en el episcopado, queridos amigos:*

Al llegar al final de mi visita, vuelvo a sentir en mi espíritu la intensidad de tantos momentos vividos en esta peregrinación a Portugal. Conservo en el alma la cordialidad de vuestra acogida afectuosa, el calor y la espontaneidad que han consolidado los vínculos de comunión en los encuentros con los grupos, el esfuerzo que ha supuesto la preparación y realización del programa pastoral previsto.

En este momento de despedida, expreso a todos mi más sincera gratitud: al Señor Presidente de la República, que desde que he llegado me ha honrado con su presencia, a mis hermanos obispos con los que he renovado la profunda unión en el servicio al Reino de Cristo, al Gobierno y a todas las autoridades civiles y militares, que se han prodigado durante todo el viaje con manifiesta dedicación. Os deseo toda clase de bienes. Los medios de comunicación social me han permitido acercarme a

muchas personas, a las que no me era posible ver de cerca. También a ellos les estoy muy agradecido.

En el momento de despedirme de vosotros, saludo a todos los portugueses, católicos o no, a los hombres y mujeres que viven aquí, aunque no hayan nacido aquí. Que no deje de crecer entre vosotros la concordia, que es esencial para una sólida cohesión, y camino obligado para afrontar con responsabilidad común los desafíos que tenéis por delante. Que esta gloriosa Nación siga manifestando su grandeza de alma, su profundo sentido de Dios, su apertura solidaria, guiada por principios y valores impregnados por el humanismo cristiano. En Fátima, he rezado por el mundo entero, pidiendo que el porvenir nos depare una mayor fraternidad y solidaridad, un mayor respeto recíproco y una renovada confianza y familiaridad con Dios, nuestro Padre que está en los cielos.

Con gozo he sido testigo de la fe y devoción de la comunidad eclesial portuguesa. He podido ver el entusiasmo de los niños y los jóvenes, la fiel adhesión de los presbíteros, diáconos y religiosos, la dedicación pastoral de los obispos, el deseo de buscar la verdad y la belleza en el mundo de la cultura, la creatividad de los agentes de la pastoral social, la fe vibrante de los fieles en las diócesis que he visitado. Deseo que mi visita sea un incentivo para un renovado ardor espiritual y apostólico. Que el Evangelio sea acogido en su integridad y testimoniado con pasión por cada discípulo de Cristo, para que sea fermento de auténtica renovación de toda la sociedad.

Por la intercesión de Nuestra Señora de Fátima, a la que invocáis con tanta confianza y firme amor, imploro de Dios que mi Bendición Apostólica, portadora de esperanza, paz y ánimo, descienda sobre Portugal y sobre todos sus hijos e hijas. Sigamos caminando en la esperanza. Adiós.

## **HOMILÍA DEL PAPA EN LA MISA MULTITUDINARIA PRESIDIDA EN OPORTO**

***Se abren nuevos campos a la misión*** viernes 14 de mayo de 2010

*Homilía que pronunció Benedicto XVI en la misa al aire libre que presidió en la Avenida de los Aliados de Oporto en la mañana de este viernes.*

*Queridos hermanos y hermanas:*

"En el libro de los Salmos está escrito: [...] 'que su cargo lo ocupe otro'. Hace falta, por tanto, que uno se asocie a nosotros como testigo de la resurrección" (*Hechos* 1, 20-22). Así habló Pedro, leyendo e interpretando la palabra de Dios en medio de sus hermanos, reunidos en el Cenáculo después de la Ascensión de Jesús a los cielos. El elegido fue Matías, que había sido testigo de la vida pública de Jesús y de su triunfo sobre la muerte, permaneciendo fiel hasta el final, a pesar del abandono de muchos. La "desproporción" de fuerzas en acción, que hoy nos asusta, impresionaba ya hace dos mil años a los que veían y escuchaban a Jesús. Desde las playas del lago de Galilea hasta las plazas de Jerusalén, Jesús se encontraba

prácticamente solo en los momentos decisivos; eso sí, en unión con el Padre, guiado por la fuerza del Espíritu. Y con todo, el mismo amor que un día creó el mundo hizo que surgiese la novedad del Reino como una pequeña semilla que brota en la tierra, como un destello de luz que irrumpe en las tinieblas, como aurora de un día sin ocaso: es Cristo resucitado. Y apareció a sus amigos mostrándoles la necesidad de la cruz para llegar a la resurrección.

Aquel día Pedro buscaba un testigo de todas estas cosas. De los dos que presentaron, y el cielo designó a Matías, y "lo asociaron a los once apóstoles" (*Hechos* 1, 26). Hoy celebramos su gloriosa memoria en esta "Ciudad invicta", que se ha vestido de fiesta para acoger al Sucesor de Pedro. Doy gracias a Dios por haberme traído hasta vosotros, y encontraros en torno al altar. Os saludo cordialmente, hermanos y amigos de la ciudad y diócesis de Oporto, así como a los que habéis venido de la provincia eclesiástica del norte de Portugal y también de la vecina España, y a cuantos se encuentran en comunión física o espiritual con nuestra asamblea litúrgica. Saludo al obispo de Oporto, monseñor Manuel Clemente, que deseaba con mucha solicitud mi visita, y me ha recibido con gran afecto, haciéndose intérprete de vuestros sentimientos al comienzo de esta Eucaristía. Saludo a sus predecesores y a los demás hermanos en el episcopado, a los sacerdotes, los consagrados y las consagradas, y a los fieles laicos, especialmente a todos aquellos que están comprometidos activamente en la Misión diocesana y, más en concreto, en la preparación de mi visita. Sé que han podido contar con la colaboración efectiva del alcalde de Oporto y de otras autoridades públicas, muchas de las cuales me honran hoy con su presencia; aprovecho este momento para saludarles y asegurarles, a ellos y a cuantos representan y sirven, los mejores éxitos para el bien de todos.

"Hace falta, por tanto, que uno se asocie a nosotros como testigo de la resurrección de Jesús", decía Pedro. Y su Sucesor actual repite a cada uno de vosotros: Hermanos y hermanas míos, hace falta que os asociéis a mí como testigos de la resurrección de Jesús. En efecto, si vosotros no sois sus testigos en vuestros ambientes, ¿quién lo hará por vosotros? El cristiano es, en la Iglesia y con la Iglesia, un misionero de Cristo enviado al mundo. Ésta es la misión apremiante de toda comunidad eclesial: recibir de Dios a Cristo resucitado y ofrecerlo al mundo, para que todas las situaciones de desfallecimiento y muerte se transformen, por el Espíritu, en ocasiones de crecimiento y vida. Para eso debemos escuchar más atentamente la Palabra de Cristo y saborear asiduamente el Pan de su presencia en las celebraciones eucarísticas. Esto nos convertirá en testigos y, aún más, en portadores de Jesús resucitado en el mundo, haciéndolo presente en los diversos ámbitos de la sociedad y a cuantos viven y trabajan en ellos, difundiendo esa vida "abundante" (cf. *Juan* 10, 10) que ha ganado con su cruz y resurrección y que sacia las más legítimas aspiraciones del corazón humano.

Sin imponer nada, proponiendo siempre, como Pedro nos recomienda en una de sus cartas: "Glorificad en vuestros corazones a Cristo Señor y estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere" (*1 Pedro* 3, 15). Y

todos, al final, nos la piden, incluso los que parece que no lo hacen. Por experiencia personal y común, sabemos bien que es a Jesús a quien todos esperan. De hecho, los anhelos más profundos del mundo y las grandes certezas del Evangelio se unen en la inexcusable misión que nos compete, puesto que "sin Dios el hombre no sabe adónde ir ni tampoco logra entender quién es. Ante los grandes problemas del desarrollo de los pueblos, que nos impulsan casi al desasosiego y al abatimiento, viene en nuestro auxilio la palabra de Jesucristo, que nos hace saber: 'Sin mí no podéis hacer nada' (*Jn* 15, 5). Y nos anima: 'Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final del mundo' (*Mateo* 28, 20)" (encíclica [\*Caritas in veritate\*](#), 78).

Aunque esta certeza nos conforte y nos dé paz, no nos exime de salir al encuentro de los demás. Debemos vencer la tentación de limitarnos a lo que ya tenemos, o creemos tener, como propio y seguro: sería una muerte anunciada, por lo que se refiere a la presencia de la Iglesia en el mundo, que por otra parte, no puede dejar de ser misionera por el dinamismo difusivo del Espíritu. Desde sus orígenes, el pueblo cristiano ha percibido claramente la importancia de comunicar la Buena Noticia de Jesús a cuantos todavía no lo conocen. En estos últimos años, ha cambiado el panorama antropológico, cultural, social y religioso de la humanidad; hoy la Iglesia está llamada a afrontar nuevos retos y está preparada para dialogar con culturas y religiones diversas, intentando construir, con todos los hombres de buena voluntad, la convivencia pacífica de los pueblos. El campo de la misión *ad gentes* se presenta hoy notablemente dilatado y no definible solamente en base a consideraciones geográficas; efectivamente, nos esperan no solamente los pueblos no cristianos y las tierras lejanas, sino también los ámbitos socio-culturales y sobre todo los corazones que son los verdaderos destinatarios de la acción misionera del Pueblo de Dios.

Se trata de un mandamiento, cuyo fiel cumplimiento "debe caminar, por moción del Espíritu Santo, por el mismo camino que Cristo siguió, es decir, por el camino de la pobreza, de la obediencia, del servicio, y de la inmolación de sí mismo hasta la muerte, de la que salió victorioso por su resurrección" (decreto [\*Ad gentes\*](#), 5). Sí, estamos llamados a servir a la humanidad de nuestro tiempo, confiando únicamente en Jesús, dejándonos iluminar por su Palabra: "No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure" (*Juan* 15, 16). ¡Cuánto tiempo perdido, cuánto trabajo postergado, por inadvertencia en este punto! En cuanto al origen y la eficacia de la misión, todo se define a partir de Cristo: la misión la recibimos siempre de Cristo, que nos ha dado a conocer lo que ha oído a su Padre, y el Espíritu Santo nos capacita en la Iglesia para ella. Como la misma Iglesia, que es obra de Cristo y de su Espíritu, se trata de renovar la faz de la tierra partiendo de Dios, siempre y sólo de Dios.

Queridos hermanos y amigos de Oporto, levantad los ojos a aquella que habéis elegido como patrona de la ciudad, la Inmaculada Concepción. El ángel de la anunciación saludó a María como "llena de gracia", significando con esta expresión que su corazón y su vida estaban totalmente abiertos a Dios y, por eso,

completamente desbordados por su gracia. Que ella os ayude a hacer de vosotros mismos un "sí" libre y pleno a la gracia de Dios, para que podáis ser renovados y renovar la humanidad a través de la luz y la alegría del Espíritu Santo.

## ***PALABRAS DE DESPEDIDA DEL PAPA DE PORTUGAL***

***En el aeropuerto de Oporto viernes 14 de mayo de 2010***

*Discurso que pronunció Benedicto XVI este viernes al despedirse de Portugal en el aeropuerto internacional de Oporto, al concluir su visita apostólica que había comenzado el 11 de mayo.*

*Señor presidente de la República, ilustrísimas autoridades, queridos hermanos en el episcopado, queridos amigos:*

Al llegar el final de mi visita, vuelvo a sentir en mi espíritu la intensidad de tantos momentos vividos en esta peregrinación a Portugal. Conservo en el alma la cordialidad de vuestra acogida afectuosa, el calor y la espontaneidad que han consolidado los vínculos de comunión en los encuentros con los grupos, el esfuerzo que ha supuesto la preparación y realización del programa pastoral previsto.

En este momento de despedida, expreso a todos mi más sincera gratitud: al Señor Presidente de la República, que desde que he llegado me ha honrado con su presencia, a mis hermanos obispos con los que he renovado la profunda unión en el servicio al Reino de Cristo, al Gobierno y a todas las autoridades civiles y militares, que se han prodigado durante todo el viaje con manifiesta dedicación. Os deseo toda clase de bienes. Los medios de comunicación social me han permitido acercarme a muchas personas, a las que no me era posible ver de cerca. También a ellos les estoy muy agradecido.

En el momento de despedirme de vosotros, saludo a todos los portugueses, católicos o no, a los hombres y mujeres que viven aquí, aunque no hayan nacido aquí. Que no deje de crecer entre vosotros la concordia, que es esencial para una sólida cohesión, y camino obligado para afrontar con responsabilidad común los desafíos que tenéis por delante. Que esta gloriosa Nación siga manifestando su grandeza de alma, su profundo sentido de Dios, su apertura solidaria, guiada por principios y valores impregnados por el humanismo cristiano. En Fátima, he rezado por el mundo entero, pidiendo que el porvenir nos depare una mayor fraternidad y solidaridad, un mayor respeto recíproco y una renovada confianza y familiaridad con Dios, nuestro Padre que está en los cielos.

Con gozo he sido testigo de la fe y devoción de la comunidad eclesial portuguesa. He podido ver el entusiasmo de los niños y los jóvenes, la fiel adhesión de los presbíteros, diáconos y religiosos, la dedicación pastoral de los obispos, el deseo de buscar la verdad y la belleza en el mundo de la cultura, la creatividad de los agentes de la pastoral social, la fe vibrante de los fieles en las diócesis que he visitado. Deseo

que mi visita sea un incentivo para un renovado ardor espiritual y apostólico. Que el Evangelio sea acogido en su integridad y testimoniado con pasión por cada discípulo de Cristo, para que sea fermento de auténtica renovación de toda la sociedad.

Por la intercesión de Nuestra Señora de Fátima, a la que invocáis con tanta confianza y firme amor, imploro de Dios que mi Bendición Apostólica, portadora de esperanza, paz y ánimo, descienda sobre Portugal y sobre todos sus hijos e hijas. Sigamos caminando en la esperanza. Adiós.